

El Salvador



Proceso

informativo semanal

Año 25, No 1127

diciembre 22, 2004

ISSN 0259-9864

"El problema radical es la lucha de la vida en contra de la muerte" Ignacio Ellacuría

Balance del año 2004

El balance de la opinión pública en 2004

Dos aspectos generales serán abordados en este balance sobre la opinión pública durante 2004. En primer lugar, la dinámica de expresiones políticas de la ciudadanía; y, en segundo lugar, las opiniones sobre las principales dificultades nacionales.

Las opiniones políticas en 2004

Durante el año 2004, es posible dividir el estado de la opinión pública de carácter político en tres momentos distintos, en función siempre de la dinámica política y social que vivió el país a lo largo del año. En primer lugar, la sociedad salvadoreña estuvo muy marcada por una intensa polarización en los primeros cuatro meses del año, producto de la dinámica impuesta por la campaña electoral, la cual ya se había configurado en los últimos meses de 2003. En segundo lugar, y una vez pasadas las elecciones y asumido el nuevo gobierno, la sociedad salvadoreña se caracterizó por un proceso de distensión política y social, al que contribuyó el ofrecimiento de concertación por parte del gobierno entrante y su amplia y renovada popularidad entre la gente. Esta etapa se mantiene a lo largo de seis meses y da paso a una tercera y última fase, en la cual el ambiente de tensionamiento social vuelve a aparecer, en parte producto de la falta de acuerdos en la esfera política, pero también como resultado del inicio de protestas aisladas ante diversas decisiones del Ejecutivo —una de ellas es la ratificación del Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos—, además del deterioro de las condiciones económicas del país percibido por la población. Aunque esta reinauguración de la conflictividad y la polarización del país estará lejos de llegar a los niveles alcanzados en los primeros meses del año 2004, en definitiva marca una diferencia con res-

pecto al clima de concertación publicitada que promovió el nuevo gobierno de ARENA a mediados del año.

Las elecciones de marzo de 2004 venían marcando la dinámica social y política del país desde 2003. Sin embargo, la entrada del nuevo año supuso la intensificación de esa dinámica básicamente caracterizada por la polarización política y social. A pesar de que la polarización política salvadoreña tiene sus raíces en factores más viejos y complejos que los simples eventos electorales, la campaña llevada a cabo por ARENA y el FMLN, los principales partidos contendientes, contribuyó mucho a dividir como nunca antes a la sociedad salvadoreña.

La estrategia de ambos partidos, aunque con más intensidad por el lado arenero a causa de sus innumerables recursos y su presencia en todos los medios de comunicación y propaganda posibles, se basó en el ataque directo al partido contendiente, más que en la presentación de propuestas programáticas. Aunque esa mecánica de campañas electorales no es nueva, lo que caracterizó a la cruzada electoral de 2004 fue la incorporación de amplios segmentos de la sociedad que antes habían permanecido al margen y que en esta ocasión contribuyeron a que la polarización se ampliara a buena parte de la población.

Así, los dos partidos principales montaron sus propias estrategias sobre mensajes de miedo y de rechazo hacia el partido o el candidato opositor, y movilizan a amplios contingentes de ciudadanos bajo el objetivo de impedir de que el partido rival llegara al poder. Más que el convencimiento de que el partido elegido era la mejor opción política, muchos salvadoreños votaron más bien motivados por el deseo de imposibilitar que ARENA o que el candida-

to del FMLN llegaran a la presidencia. Esto generó un fenómeno curioso en las actitudes de la gente y que no había sucedido en los anteriores eventos electorales: a pesar de que la mayoría de los salvadoreños seguían desconfiando del proceso electoral (en la encuesta preelectoral de febrero del IUDOP, alrededor del 53 por ciento de la gente dijo tener poca o ninguna confianza en éste), la mayoría de los salvadoreños se mostraron muy interesados en todo el proceso electoral, esto es, casi el 60 por ciento de los salvadoreños dijo estar muy interesado en asistir a votar. Esto significa que, a pesar de que las elecciones de 2004 no generaban más credibilidad en el electorado que en años atrás, éste se encontraba más involucrado en el proceso mismo.

La polarización generada por los comicios no sólo afectó las actitudes de los ciudadanos con respecto a sus preferencias políticas, también y sobre todo marcaron una profunda división en la sociedad sobre la manera de entender la realidad del país. La última encuesta preelectoral del Instituto Universitario de Opinión Pública mostró que los salvadoreños estaban divididos por la mitad en casi todas las opiniones importantes sobre la situación del país. Así, por ejemplo, en un dato revelador en febrero de 2004, el 41.1 por ciento de la gente pensaba que la situación sociopolítica del país estaba mejorando, mientras que otro porcentaje similar —el 43.8 por ciento— sostenía que la situación sociopolítica del país estaba empeorando. Estas opiniones tenían un claro correlato político electoral, de forma tal que quienes pensaban que el país estaba mejorando, en general tendían a votar más por ARENA, mientras que quienes decían que el país estaba empeorando tendían más a votar por el FMLN o no tenían un partido de preferencia.

Esa disyunción en la manera de com-

prender la realidad salvadoreña sólo contribuyó a que el partido que tenía más poder hiciera llegar su mensaje. Dicho partido es ARENA, el cual a su vez supo presentar un mensaje de renovación, de cercanía y de esperanza —a pesar de estar quince años en el poder— frente a la imagen más bien polémica del candidato principal de la oposición. Sin duda, en el éxito del partido gobernante para ganar las elecciones, a pesar de la derrota en los comicios municipales y legislativos de 2003, hay que considerar el perfil que presentó el FMLN, básicamente dominado por la personalidad de su candidato.

A pesar de ello, la dinámica de rechazo y de confrontaciones provocó que las elecciones presidenciales de 2004 fueran las más atendidas en toda la historia salvadoreña. Y es que a final de cuentas, la gente no votó convencida de que lo hacían por la mejor opción, sino que lo hicieron, o bien para mantener básicamente inalterable la configuración política del país, o bien para provocar que finalmente el mismo cambiara de rumbo. Esas motivaciones representan muy bien la profundidad de la fractura sociopolítica salvadoreña que se expresó claramente a lo largo de los primeros cuatro meses del año.

A la base de este comportamiento se encuentra también uno de los cambios más importantes en la cultura política salvadoreña que tomó lugar durante 2004, este es el inusitado convencimiento de que las elecciones y, concretamente, la participación electoral, pueden contribuir a cambiar la situación del país. En la encuesta cursada en los primeros meses del año, casi el 75 por ciento de los salvadoreños señaló que el voto puede cambiar la situación del país. En los procesos electorales anteriores, este tipo de opiniones no superaba al 50 por ciento. Así, la especial configuración de la contienda electoral de este año contribuyó a una especie de revalorización de la parti-

cipación electoral, aún bajo un contexto de creciente desconfianza en las instituciones y en los partidos políticos.

La conclusión de la campaña electoral y, sobre todo, las expresiones políticas asumidas por el candidato ganador, Elías Antonio Saca de ARENA, al tomar la presidencia, contribuyeron significativamente a distender el ambiente de polarización que había predominado en los meses anteriores y que, en cierta forma, había sido sistemáticamente cultivado por Francisco Flores. Ello a pesar de la actitud beligerante que mantuvieron algunos dirigentes del FMLN luego de la derrota electoral. Esto dio paso a la segunda etapa en la dinámica sociopolítica del país y al segundo estado que caracterizó a la opinión pública en 2004.

En esta fase se creó un número importante de espacios de diálogo y de aparente concertación, bajo el liderazgo del nuevo gobierno. Esta nueva actitud constituía un cambio tajante con respecto al modo de gobernar de las últimas administraciones de ARENA, especialmente la de Flores; pero estaba más motivada por la necesidad de encontrar estabilidad para gobernar y para sobrevivir políticamente en un entorno fundamentalmente confrontativo, que por una sincera actitud de construir un proyecto de acuerdos políticos operativos. Con todo, la disposición publicitada hacia la concertación y hacia la creación de mesas de diálogo con diferentes sectores del país contribuyó a que las expresiones de polarización se disiparan.

El FMLN, a pesar de su llamado inicial a la resistencia contra el nuevo gobierno, por considerar que el mismo había ganado las elecciones de forma ilegítima, no tuvo más opción que acudir al llamado del presidente para ser parte de la Mesa de Gobernabilidad, lo cual no hizo más que confundir a su propio electorado y contribuir a fortalecer la imagen del presidente

electo y su administración. De hecho, esta nueva fase en la dinámica sociopolítica fue netamente acumulada por el nuevo gobierno y su presidente, que recibieron el más alto nivel de aprobación por parte de la ciudadanía en toda la historia de los gobiernos de ARENA. De acuerdo a las encuestas de opinión pública cursadas en ese período, Antonio Saca ganó las elecciones mientras recibía notas de calificación de más de 7 puntos (en una escala de 0 a 10) de promedio nacional. Cuando cumplió sus primeros cien días de gobierno a principios del mes de septiembre, la aprobación de la ciudadanía se mantenía en 7.26 puntos, el mejor promedio de calificación obtenida por cualquier presidente arenero, y muy por encima de las calificaciones obtenidas por los anteriores presidentes al cumplir su primer trimestre de trabajo.

La aparente actitud de concertación de la nueva administración apuntaló la legitimidad del gobierno de Saca. Eso no quiere decir que no hubiese sectores importantes de la sociedad salvadoreña que permanecían críticos o escépticos frente a la nueva forma de gobernar y frente al proyecto de atender el ámbito social del país. Lo que sucedía era que la apertura de espacios de diálogo impulsada por el nuevo gobierno se desmarcaba tan tajantemente del estilo de gobierno de Flores, que eso le trajo muchos réditos políticos al nuevo gobernante. De hecho, en sólo tres meses de trabajo, casi el 60 por ciento de la gente decía que el país había experimentado cambios positivos desde que el equipo de Saca tomó el Ejecutivo y buena parte de esa evaluación positiva estaba asociada con la impresión de que el gobierno finalmente estaba escuchando a la gente.

Así, buena parte de la opinión pública se volcó a respaldar las acciones del nuevo gobierno, no tanto porque percibiesen que las mismas estaban dando resultados, sino simplemente por el cambio de actitud

que mostraba el recién estrenado gobernante y su gabinete. Ese cambio fue intensamente publicitado por una campaña de propaganda diseñada desde la misma casa de gobierno y fue también acuerpada por los medios de comunicación afines al partido oficial. Ello hizo que la imagen de un gobierno distinto, abierto y concertador llegara y convenciera a sectores amplios de la población que en general se mantienen apáticos frente a la política.

Pero al mismo tiempo en que el gobierno impulsaba esa campaña para mantener su perfil positivo en la evaluación pública, los funcionarios areneros y algunos medios periodísticos desarrollaban una cruzada más subterránea para erosionar la imagen del FMLN. Esto se vio en parte facilitado por las mismas actuaciones del partido de izquierda, el cual luego de las elecciones se enfrascó en una disputa interna de sus dirigentes por el control del partido. La amplia cobertura que los medios dieron a esa disputa contribuyó a que buena parte de la población, inclusive aquella que había votado por el FMLN pusiese distancia con respecto a ese partido político. Una encuesta del IUDOP cursada en los meses de agosto y septiembre mostró que cerca del 65 por ciento de la población dijo que nunca había sentido simpatías por el FMLN y, en otra opinión, solo el 15.9 por ciento de la gente dijo que de haber ganado el Frente el país estaría mejor.

Este ambiente caracterizado por el predominio de ARENA y de su cosmovisión sobre la opinión pública comenzó a disminuir en la medida en que se acercaba el fin de año. Esto, porque las demandas planteadas en las mesas de diálogo y concertación no parecieron modificar sustancialmente el trazado de los planes propuestos por el nuevo gobierno. En el último trimestre del año, el FMLN se retiró de la mesa de gobernabilidad acusando al gobierno de usar la misma más como un

instrumento de propaganda que como un medio para lograr acuerdos políticos en lo fundamental. También, algunas organizaciones de la sociedad civil comenzaron a denunciar que las mesas de concertación convocadas por el gobierno sólo pretendían aparentar un diálogo que no se traducía en reformas de las políticas públicas en los temas importantes del país. A pesar de las críticas efectuadas por diversos sectores de la sociedad, el gobierno impulsó su Plan Súper Mano Dura, que en lo esencial constituía una continuación de los planes de mano dura implementados por el gobierno anterior; en el área económica, el gobierno impulsó una reforma fiscal mucho menos abarcadora que la que se había propuesto, en parte como producto de la resistencia de la gran empresa; también la administración Saca forzó la ratificación del Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos a pesar de la oposición y de las críticas de numerosas organizaciones. Todos estos sucesos y otros más han contribuido al aumento del tensionamiento social al cierre del año.

A ello hay que agregar también la acumulación de los problemas fundamentales del país, que, al finalizar el 2004, se mostraban igualmente urgentes que siempre. La gente reclamó con más intensidad el deterioro de sus condiciones económicas, especialmente el alza en el costo de la vida, pero también la pobreza y el desempleo. Estas preocupaciones por lo económico llegaron a opacar como nunca antes los temas de la inseguridad pública y la violencia, a pesar de que el año cerró con un alza importante en la cuenta de los homicidios por violencia intencional y no intencional (accidentes de tránsito) y pusieron en el centro del debate público el hecho de que la política económica heredada y adoptada en buena parte por la administración Saca no está rindiendo sus frutos. Es más, el año 2004 cerró con una apreciación más

bien sombría sobre las posibilidades de crecimiento y desarrollo para el año 2005.

El gobierno buscó culpar a la oposición de izquierda por el pobre desempeño en el área económica por el retraso en la aprobación del presupuesto en 2004 y por el clima de incertidumbre generado por las elecciones, pero esto sólo contribuyó al renovado clima de confrontación con el que concluye un año esencialmente electoral. A pesar de ello, las evaluaciones generales sobre el gobierno permanecieron positivas —aunque no tanto como algunos meses atrás— y el FMLN cerró el año con problemas para recuperar el apoyo que logró en el evento electoral. Con los vaivenes políticos producidos durante el año 2004, al cierre del mismo, las condiciones políticas parecen favorecer más al partido gobernante que al partido de izquierda. Esto porque, en primer lugar, ARENA ha seguido contando con la propaganda mediática de su lado y porque ha sabido vincularse mejor con la población a través del tema de la seguridad pública; y, en segundo lugar, porque el FMLN no ha sabido vincular la situación económica del país con los fracasos de las políticas gubernamentales y, al mismo tiempo, proponer una alternativa creíble de recuperación socioeconómica.

Los principales problemas del país en 2004

En términos generales, la opinión sobre los principales problemas del país se mantuvo sobre los temas tradicionales: economía, pobreza e inseguridad. Sin embargo, y a diferencia de otros años, durante 2004 se produjo un cambio importante en la intensidad con la cual la gente señaló cada uno de los problemas. En realidad, lo que sucedió a lo largo del año es que la gente dejó de preocuparse mucho por la violencia y pasó a preocuparse más que de costumbre por los aspectos económicos, especialmente por el desempleo y el costo

de la vida.

En el ámbito de la violencia y la delincuencia, el año 2004 fue el escenario de una reducción de los niveles de percepción sobre la inseguridad, en buena parte, debido a los efectos propagandísticos de los planes de mano dura, pero también debido a la reducción objetiva de los niveles de victimización de la violencia motivada económicamente (delincuencia común o violencia en contra de la propiedad). Efectivamente, un estudio sobre la victimización, cursado en la segunda mitad del año 2004, reveló que la mayoría de delitos cometidos en contra de la propiedad se habían reducido en el último año. El estudio, basado en una encuesta nacional de victimización, no recogía las estadísticas de homicidios pero en lo que se refiere a robos, hurtos y secuestros, las tasas se habían reducido consistentemente en comparación con años anteriores. Eso, combinado con el efecto de la percepción de la limpieza de pandilleros de las calles realizada por el gobierno a través de los planes represivos, produjo un efecto de aumento del sentimiento de seguridad o, para decirlo más apropiadamente, redujo los sentimientos de inseguridad.

Sin embargo, todas las estadísticas institucionales confiables dieron cuenta de un aumento considerable en la tasa concreta de homicidios. Así, paradójicamente, mientras que la violencia en contra de la propiedad registró, durante el año 2004, su nivel más bajo en los años de la posguerra, la violencia dirigida en contra de la integridad física y la vida subió de forma significativa. Sin embargo, con excepción de la llamada de alerta dada por algunos medios periodísticos en el último mes del año, buena parte de la ciudadanía permanecía indiferente sobre el aumento de la violencia homicida. La gente seguía estando más centrada sobre el hecho de que ya no parecía haber tantos pandilleros en las ca-

lles. De hecho, en el ámbito de la seguridad, la opinión pública aparentaba estar más influenciada por las campañas del supuesto éxito de los planes de mano dura, que por la cantidad de muertes que se producían diariamente en las zonas occidental y central del país.

El Plan Súper Mano Dura siguió registrando una enorme cuota de aprobación por parte de la población. Las diferentes evaluaciones hechas por las encuestas de opinión pública registraron que no menos del 65 por ciento de los salvadoreños aprobaban la implementación de los planes de mano dura, inclusive en algunos casos por encima de los planes de carácter supuestamente preventivo como el Plan Mano Amiga, impulsado por el gobierno de Saca. La aprobación hacia los planes represivos se basa en la simple percepción de que los pandilleros dejaron de ser una amenaza constante en las vías públicas de los barrios y colonias que controlaban en el pasado. Todo eso contribuyó a que el tema de la violencia y la inseguridad pasara a un muy segundo plano por debajo de los temas económicos.

En contraposición, los temas económicos se erigieron como la principal fuente de preocupación pública. Un seguimiento de la opinión pública en la última década revela que 2004 cerró con los niveles más altos de preocupación ciudadana por la economía de los últimos quince años. Esta subida ha sido producida, en parte, por el sitio dejado por los problemas de inseguridad, pero sobre todo, por la percepción de que el costo de la vida y el desempleo subieron de forma significativa durante el año que concluye.

Estas preocupaciones por la economía representaron un giro en las tendencias de opinión sobre lo económico registradas en los últimos dos años, según las cuales la preocupación por la pobreza, el desempleo y el costo de la vida se habían mantenido más bien estables. Más aún, en algunas opiniones más concretas, los salvadoreños comenzaron a mostrarse mucho más críticos que en el pasado sobre las medidas económicas tomadas por los gobiernos de ARENA. Por ejemplo, al cierre del año, casi el 80 por ciento de los salvadoreños pensaban que la dolarización había resultado ser perjudicial para su economía particular (un porcentaje mucho más alto que el alcanzado durante los meses de transición hacia el dólar), y un porcentaje más alto — y creciente— de ciudadanos se mostraban en contra de la aprobación del Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos. Al finalizar el año, estas opiniones hicieron parte de un coro formado por diversas fuentes que señalaban que los éxitos del país en el área económica habían sido magros.

Así el año 2004 finaliza con un sentimiento de incertidumbre en buena parte de la población a causa de las sombrías perspectivas de desarrollo económico. Aunque algunos salvadoreños se encuentran expectantes con respecto a las promesas del gobierno, lo que incluye los alcances de los tratados comerciales, en general las actitudes más generalizadas son de recelo y de preocupación. El mejor indicador de ese sentimiento de incertidumbre sigue siendo el elevado porcentaje de salvadoreños (45 por ciento) que afirman que, de tener la oportunidad, dejarían el país para buscar mejores condiciones de vida.